

Vive como un indigente, el novelista argentino Alejandro Vignati, en Caracas

CARACAS, 26 de diciembre (EFE). — El escritor argentino Alejandro Vignati, autor de libros famosos como *El triángulo de Las Bermudas*, *El enigma de los Templarios* o *El ocaño de los dinosaurios*, se encuentra arruinado en esta capital.

Vignati, en entrevista que publica hoy el diario *El Nacional*, dice que salió de Argentina "como perseguido político" porque "me cortaron los cuatro tendones de la realidad y entré en la zona del pánico, ¿vos te fijás?"

El escritor, que residió va-

rios años en Europa, casi todos en España, asegura no ser político. Explica: "Me agarró el tango y sentí deseos de volver a Buenos Aires" y en la capital del Plata estuvo detenido tres veces el pasado año.

Las detenciones se produjeron de manera extraña. Cuando no encontraba trabajo: "fue entonces cuando se detuvo el primer carro silencioso, sin matrícula y con tres rostros desconocidos en el interior..."

...Unos hombres altos, con pistola, que me dijeron solamente: "entra, y me clava-

ron los cañones en la cabeza y la espalda..."

Con 200 dólares y el original de su novela inédita *En la trastienda del lavadero chino* — premio Norte en Estados Unidos — Vignati vive de prestado en un hotel del centro de Caracas.

Espera comprar una máquina de escribir y encontrar un editor para la novela que cuenta aventuras de un argentino en Río de Janeiro y Barcelona (España), narradas *Como una canción en el infierno*...

Argentina

Sábato: los límites de la imaginación liberal

David Viñas/II y último

Al hacer pie en el *catastrofismo* mediante el que da su versión de la historia, Sábato no sólo escinde la continuidad temporal ratificando una matriz del liberalismo condensada en la revista *Sur* de Victoria Ocampo (de la que por la izquierda más crítica se fueron distanciando Martínez Estrada, Marechal y Cortázar), sino que, al separar "espíritu" de "materia", incurrir en un dualismo que siempre lo acechó desde cuando insistía en oponer "forma" a "contenido". Arcaica dualidad que le subsiste a Sábato a partir de la época en que vehementemente discutía con los representantes del realismo socialista de los años 40.

Pero que en 1981 lo colorea — como nunca — con una secuencia proveniente tanto del liberalismo de *Sur* como de lo más cristalizado de *Heterodoxia* o de *Hombres y engranajes*. Hasta insistir, y aun ahincarse, en ese dualismo inicial que le segrega series cada vez más coaguladas: *actor productor en proscenio/espectador consumidor en butaca; CABEZA Lúcidal e imperial/ resto del cuerpo "bajuno" y colonizado; hombre sembrador/mujer surco; países amos para siempre/regiones esclavas en términos definitivos; padres flamígeros/hijos equívocos; palabras con corona/palabras con estigmas; maestro magistral/alumno siervo...*

Consiguientemente: no termina de advertir Sábato que el sistema métrico decimal de 1981 ya no se puede verificar sólo con Argentina. Es que sus escisiones y dualismo de raíz liberal lo constriñen cada vez más desde *Uno y el universo* hasta proliferar en *Abbadón*. Cuando lo que corresponde hoy es cuestionar tanto al clásico nacionalismo por arcaico, como al internacionalismo tradicional por utópico. Buscando una ecuación que al involucrar — por lo menos — al Chile degradado por Pinochet, como a la Bolivia corrompida y desolada por los generales coqueros, al Paraguay del gagá y pertinente Strossner, como al Uruguay que implacablemente se ensaña con Raúl Sendic, no sólo trascienda un latinoamericanismo melancólicamente mítico o de azucarada retórica, sino que otorgue al texto argentino su contexto más dramático, concreto e iluminador. Focalizando el excesivo voluntarismo del exilio y, al mismo tiempo, cuestionando las desproporciones del empi-

mo interior.

Eso, por un lado. Porque por el otro, tampoco advierte Sábato desde su óptica penetrada de insuperados rezagos liberales, que el fenómeno de Argentina no se corresponde ya con el de un "vacío de poder", sino con el de un *vacío de clase*. Carencia fundamental que se visualiza en el empecinamiento de los militares por convertirse en "intelectuales orgánicos" del sistema. Prescindiendo, incluso, de algún Lugones de turno como en 1930. Afán que los ha ido transformando, paulatina y contradictoriamente, en los hijos y nietos de inmigrantes que si por un lado intentan salvar los valores y *las posiciones de la genteel tradition*, por el otro se enfrentan en categórica polémica con todo lo que significan los intelectuales argentinos también de origen inmigratorio. Intelectuales radicales asesinados como Rodolfo Walsh, expulsados como tantos otros o silenciados como la mayoría en la cotidianeidad interior de Buenos Aires, Córdoba o Rosario.

Pero lo que, fundamentalmente, me distancia en mi reconocimiento de Sábato — en la medida en que subraya al máximo tanto sus matrices liberales como los límites de esa visión del mundo — es su caracterización de la democracia. Como polvorienta expresión de deseos, como abollada versión alternativa y — textualmente — como "gris y mediocre régimen"... "único compatible con la dignidad del hombre".

Dos réplicas, por lo menos: la democracia, en sus momentos de mayor autenticidad y de ímpetu creador, jamás ha sido

gris ni mediocre. No es una neblina de enanos, Sábato. En ningún cielo está escrito que así sea. En tanto no se la puede vivir ni como destino ni como resignación ni como pautas mutiladas. Porque si recuerdo a mi benemérita profesora de griego, podría aludir a Pericles. Quizá, demasiado aterciopelado. Pero si recupero años de saludable insolencia, echaría mano de la Rusia de los soviets, de Eisenstein y el futurismo. Y si me fingiera más moderado (lector de *Le Monde* al fin) apelaría al Frente Popular o al 68 y a Brassens.

Esa, como primera réplica a la versión de Sábato. Porque, la segunda, consistiría en recordar a un viejo poeta socialista argentino: Bravo. De Mario Bravo, estoy hablando, que hacia 1930 escribió:

El futuro está verde.

Y por lo tanto alfalfa o paladar.

Nostalgia ya no, y menos en la siesta.

Carozo. No huesos ni mediocre océano en ceniza.

Y quizá mordiscón al tiempo

en las lentas ceremonias del verano.

Naves, sandía, y sal.

O, si me permiten, matriz y viento,

cotiledón y trébol.

Se sabe: toda cita conlleva una función santificadora. Algo así como ponerse un signo más arriba y a la derecha. Quizá como falcón o guardaespaldas. Pero el poema de Bravo casualmente fué escrito en el momento en que los límites de la imaginación liberal señalaban el umbral de la enferma circularidad de la Argentina. Con la "salida a la calle" de ese general musculoso y precursor que fue Uriburu.

Por eso — y por otras razones — su cita implica no sólo el cuestionamiento de la fofa democracia enunciada por Sábato sino que, precisamente, abjura de toda posibilidad sacralizadora. En la medida en que lo sacro pretende resultar intimidante. Pero que aquí, en tanto ademán hacia atrás, presupone por sobre todo un rescate del pasado utilizable. Esto es, como recuperación, convocatoria y desafío.